

La «desnudez» del galo y otros guerreros. Unas notas comparadas

JOAQUÍN MUÑIZ COELLO *

RESUMEN

Los escritores clásicos manifiestan profunda sorpresa ante la contemplación del ethos del guerrero celta en el combate. Ruido, alaridos, cantos, gestos y amenazantes actitudes son instrumentos destinados a infundir pavor al enemigo, y menoscabar su fuerza aún antes de la lucha. Además de todos estos elementos, fue el de la desnudez, que se inscribe en el terreno de lo irracional, el peor entendido. Dos milenios después, la mayoría de estas actividades pueden contemplarse en comunidades indígenas de las llanuras norteamericanas.

ABSTRACT

Classic writers show a deep surprise when they look at the ethos of the celtic warrior during the warfare. Noise, outcry, hymns, faces and threatening attitudes are the tools what they assign in order to infuse fright to the enemy, and to rest power before the fight. However, the nakedness is the main element what being inscribed in the sphere of the irrational, it were the one worse understood. Two millenniums later, most of these attitudes we can find through the analysis of the plains indians of North America.

«En esto las tres partidas (de israelitas) tocaron los cuernos e hicieron añicos los jarrones y asieron de nuevo las antorchas, y con la mano derecha asieron los cuernos para tocarlos ... y el campamento entero echó a correr ... (Josué, VII.20/21)

* Universidad de Huelva.

1. EL TERROR GALO EN LOS TEXTOS

El *ethos* galo a la hora del combate siempre fue motivo de reflexión y detenimiento en los autores clásicos, por el choque que su contemplación suponía para quienes la disciplina y la templanza eran virtudes conectadas a toda expresión guerrera. Por ello, las narraciones nos transmiten descripciones prolijas de las actitudes del combatiente galo, más ampliamente, del luchador celta, por la mezcla de curiosidad, extrañeza y pasmo que el despliegue de todo su ritual causaba, tanto en los adversarios como en los lectores de estos escritos.

En el momento del combate el galo echaba mano de elementos complementarios que los enemigos romanos rara vez asumían como armas fundamentales para el desenlace de la lucha. Estos elementos estaban dispuestos a ser desplegados en los momentos previos al combate mismo, y su objetivo era debilitar al enemigo por la vía de la intervención psicológica. La bibliografía ya se hace eco de esta condición y adelanta algunos significados de todo este despliegue de actitudes que, sin más, pasamos a describir ¹.

Se trata de infundir el espanto, el miedo absoluto, de atemorizar al adversario para restarle potencia y decisión en un momento crucial como es el del inicio de la lucha, en la que todos los recursos disponibles por el individuo son requeridos. Miedo por la visión de algo inusitado, como puedan ser temperamentos desmesurados, poco habituales al soldado que lo contempla; pavor ante el ruido descomunal, ante el sonido exacerbado, horribles estrépito que se escucha incluso antes de la visión de sus artífices. Y sobresalto, pánico y final amedrentamiento, ante la inesperada y sorprendente forma de entablar la lucha, entendida como inopinada e irracional, fuera de toda «lógica» militar, pero por ello mismo, contundente en su empuje inicial y de efectos devastadores. Desasosiego y desconfianza en las propias fuerzas que inundan las filas romanas, y un *plus* de superioridad con el que los galos afrontan el contacto con las armas enemigas.

La invasión gala que en el 390 provocó el saqueo de la misma ciudad de Roma, protagonizada por los bitúriges comandados por un mítico

¹ La *virtus* del guerrero céltico es tratada con acierto en A.J. LORRIO, *Los celtiberos*, Madrid 1997, 325; P. CIPRES, *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*, Vitoria/Gasteiz 1993, 88/96; J.C. BERMEJO BARRERA, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, vol. 2, Madrid 1986, 87/118, capítulo sobre los guerreros de Ares; F. MARCO SIMON, «*Feritas celtica*: la imagen del bárbaro clásico», *Modelos ideales y prácticas de vida en la Antigüedad Clásica*, F. GASCO & E. FALQUE, eds., Sevilla 1993, 141/166; CH. PEYRE, «Tite-Live et la ferocité gauloise», *REL* XLVIII, 1970, 277/296; F. LE ROUX, «Aspects de la fonction guerrière chez les celtes», *Ogam*, XVII, 1/2, 175/188, entre otros.

Breno, conmocionó a la historiografía posterior y mencionarlo resulta capítulo obligado en todos los autores grecolatinos. Pavor y estupefacción ante la magnitud del hecho es la característica común al modo en que en cada caso es abordado el suceso. Terror que ya invade a los habitantes de Clusio, cuando contemplan el paso de la multitud gala, el aspecto nunca visto de sus hombres y la naturaleza de sus armas, todo ello con la noticia de fondo de que las legiones acababan de ser derrotadas en Etruria y ningún obstáculo se interponía en su camino hacia Roma. Ante el tumulto de su paso presuroso las poblaciones, aterradas, corrían a las armas y se producía la masiva huida de los campesinos, mientras en la Urbe, el pánico era intenso, concluye el latino ².

En la batalla de Telamón, Toscana, año 225 a. de C., en la que los romanos lucharon contra una coalición de boyos e insubres, se describen las circunstancias que provocaron el temor en las filas romanas. El ejército galo entonó un peán al unísono, y resultaba impresionante la presencia y movimiento de los hombres desnudos que estaban en primera fila, adornados con brazaletes y collares de oro en abundancia. Sobre este punto de la desnudez volveremos más adelante. Los romanos se impresionaron al verlos, pero dice el escritor, —no sabemos sin con más deseo que veracidad—, que se enardecieron doblemente ante la esperanza de apropiárselo ³.

El griterío de los galos aterraba, pues se tornaba incalculable la cantidad de bocinas y trompetas, y cuando a todo ello se unieron los gritos de guerra de todo el ejército, acontecía que se levantaba un estrépito tan grande y de tal estridencia, que no sólo parecía que las trompetas y los soldados despedían sonidos, sino que también lo hacían los propios parajes vecinos, a causa del eco. La visión era aterradora. Cantos salvajes y extraños clamores que todo lo inundaban con su ruido, como los que entonaban los galos en la batalla de Allia, año 362, que provocó la derrota de los romanos, espantados por el terror mágico, *miraculum*, que tal griterío provocó en sus filas ⁴.

El héroe Cúchulain cantó con el estrépito que provocan cien hombres, lo que sembró el terror en los presentes, alguno de los cuales murió del impacto, cuando se desarrollaba la *razzia* por el toro de Cooley. El griterío es

² Livio V.35.4; 37.4;5;7. Sobre las invasiones galas en Italia, P.E. ARIAS, «I galli nella regione emiliana», *Emilia preromana*, 1, 1940, 33/41; J.-J. HATT, «Les invasions celtiques en Italie du Nord», *Bulletin de la Société préhistorique française*, 57, 1960, 362/372.

³ Pol.II.29.6/9.

⁴ Livio V.37.8

por tanto una técnica habitual entre los dioses y héroes que contienen en el mundo céltico, y por otro lado no es extraño entre los griegos. En el combate entre Ares y Herakles que nos describe Hesiodo, Ares, el dios de la guerra, lanza miradas terribles, hasta el punto de que nadie osa mirarle a la cara, y ataca a su oponente con gritos enormes y haciendo gran ruido ⁵.

Las voces de la mayoría de los galos son formidables y amenazantes, como si estuvieran enfadados, nos dice Amiano Marcelino. El griterío, unido al desorden, multiplica su efecto espantoso cuando se conjuga con el número y el feroz semblante de los teutones y ambrones, que en el 104 se enfrentan al ejército de C. Mario ⁶.

Un griterío terrible acompaña a los galos que en el 350 acometen al cónsul M. Popilio Lenate, lo mismo que treinta y siete años antes hicieron al dictador Camilo, que se enfrentó al ejército galo que ya había saqueado Roma, y que atacaba con gritos agudos, haciendo sonar sus armas y agitando sus cabellos. Marchan en escuadrones, cantando himnos terribles, como hacen los lacedemonios, cánticos que aluden a los valerosos hechos de sus antepasados, como en la arenga que Julio Sacrovir realiza a los galos, en la Galia rebelada contra Tiberio, año 17, antes de entrar en combate contra los romanos, por citar un ejemplo, y que sirven para espolear su arrojo, tratando de mermar el del enemigo antes del propio combate ⁷.

Silio Itálico habla de los bárbaros alaridos con los que los galaicos entonaban sus fórmulas rituales, golpeando el suelo con los pies y haciendo sonar sus escudos de forma rítmica, y de Viriato el lusitano se cita el clamor que con su hueste lanza en un intento de asustar al adversario, *tal y como combaten los bárbaros*. Obliga Mario a sus soldados, por sectores, a mirar de frente a los teutones, acostumbrándoles a ver aquellos semblantes, a oír aquellas voces fieras y extrañas por completo, para que con el tiempo la visión de aquellos individuos espantosos se les hiciera más llevadera ⁸.

⁵ G. SOPENA GENZOR. *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*, Zaragoza 1995, 102; *Escudo de Herakles*, frag. 425/464 de Hesiodo, *Obras y fragmentos*, Gredos, Madrid 1978, cf. J.C. BERMEJO BARRERA, vol. 2, *op.cit.* 96. Sobre Cúchulainn, el gran héroe de la literatura irlandesa primitiva, vid. J. MAC KILLOP. *Dictionary of Celtic Mythology*, Oxford University Press 1998, 102/104, con bibliografía, y C. GUYONVARCH, «La razzia des vaches de Cooley», *Ogam* XV, 1963, 139/160; 265/288; 393/412; XVI, 1964, 225/230; 463/470.

⁶ Am. Marc. XV.12.2; Plut. *Mario*, 15; 21.

⁷ Livio VII.23.6; Ap. *Gall.* 8; Tuc. V.69.2; 5.70; Virg. *Aen.* VII.723/4; Tac. *Ann.* III.45; Diod. V. 29.3; 34; Eliano, *hist. div.* XII.22; J.M. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid 1977, 332; G. SOPENA GENZOR, *op.cit.* 89 ss.; E. PERALTA LA BRADOR, «Cofradías guerreras indoeuropeas en la España Antigua», *El Basilisco* 3, 1990, 55.

⁸ Sil. Ital. *Pun.* III. 346/350. Ap. *Iber.* 67; Diod. V.31.1: *los galos, de voces profundas y desagradables*; Plut. *Mario*, 16; B. GARCÍA FERNÁNDEZ- ALBALAT, *Guerra y religión en la Gallaecia y*

Cantos, gritos, danzas y horrisono estruendo de las armas cuando golpean los escudos, según su peculiar y ancestral costumbre, calculado todo ello para infundir el pánico, como ya advierte Livio en un discurso que, en calidad de arenga al ejército romano que deberá expulsar a los galos de Asia, pone en boca del cónsul del 189 Cn. Manlio Vulso. Trata el romano de neutralizar con su oratoria tales efectos, minimizando gestos y alborotos, a los que califica de inconsistentes, pero necesita para ello extenderse nada menos que a lo largo de tres capítulos ⁹.

El texto alude también a otro aspecto de esta especie de magia paralizante que acompaña a la actuación del guerrero. Se refiere a parte de su aderezo físico. De amplia complexión corporal por raza, el galo acentúa su presencia natural dejándose una larga cabellera, cuyo color rojizo o rubio compone, cuando la agita, una impresionante estampa ante el enemigo. Los jinetes de Uxama, mandados por el caudillo Rhyndaco, vivían de la caza, la guerra y el pillaje, en los montes, con sus caras y fauces de fieras, que hacen aún más terribles sus gorros militares. Imprecaciones, conjuros y muecas de los druidas galos que participan en el combate que los galos libraban por la captura del santuario druida de la Isla de Mona, en Anglesey y que llega incluso a la metamorfosis pasajera, como indica Mela ¹⁰.

Los britanos se embadurnaban además el cuerpo con un colorante vegetal llamado «glasto», que les teñía de verde obscuro y les hacía aparecer en el combate como seres espantosos, y los *harii*, pueblo germano, pintaban de negro sus cuerpos y sus escudos y escogían las noches para el combate, infundiendo terror por su apariencia espectral, *sin que ningún enemigo soportara esa visión inusitada y como de otro mundo*, indica Tácito. Clamor y ruido, apariencia feroz que realzan con gorros amenazantes y pinturas fantasmagóricas, son instrumentos al servicio de una arma psicológica, el *furor*, la *feritas* céltica, tan irracional e incomprensible

Lusitania Antiquas, A Coruña 1990, 240. Las fuentes sobre Viriato, Ap. *Iber.* 61/70; Orosio, V.4.1; 3; Val.Max. VI.4.2; Diod. XXXIII.7.5; Front. II.13.4; III.10.6; 11.4; Livio, *per.* 52. Vid. además, A. GARCÍA Y BELLIDO. «Bandas y guerrillas en la lucha con Roma», *Hispania*, V, 1945, 547 ss.; S.L. DYSON. «Native Revolt Patterns in the Roman Empire», *ANRW* II.3, Berlin/New York 1975, 138/175; G. CHIC GARCÍA, «Consideraciones sobre las incursiones lusitanas en Andalucía», *Gades* 5, 1980, 15/25; L. GARCÍA MORENO, «Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano», *Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago 1988, vol. 2, 373/382.

⁹ Livio XXXVIII.17.3/7.

¹⁰ Livio XXXVIII.17.3; Diod. V.31; Ap. *Gall.* 8; Sil. Ital. *Pun.* III.384 ss; Mela III.48; G. SOPENA GENZOR, *op.cit.* 100; E. PERALTA LABRADOR, *op.cit.* 66; B. GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, *op.cit.* 198; F. LE ROUX. «La religión de los celtas», *Las religiones Antiguas*, Historia de las Religiones Siglo XXI, Madrid 1992, 148.

para el contendiente romano, como eficaz cuando se manifiesta junto con otros recursos no menos espectaculares ¹¹.

2. ENTRE LA FURIA Y LA DEMENCIA. LA DESNUDEZ DEL GUERRERO

Los celtas concebían la guerra como una conjunción entre vigor físico y magia; la batalla por lo demás, no era sino la suma de los combates individuales de los participantes. La lucha era al tiempo, la concurrencia entre el furor demencial y la magia paralizante. Furor como el que impulsa al colosal y temible jefe cántabro Laro, que tras ser exterminada su joven hueste guerrera, armado con su enorme hacha de doble filo, con desmedida locura, saltó sobre los romanos causando estragos, paralizando con el espanto que producía, y matando a muchos antes de caer abatido por el enemigo ¹².

Es el furor de Odin/Wotan que tamiza el modo de hacer la guerra, al margen de los módulos de la civilizada ortodoxia, y que con dedicación especial encarnan las agrupaciones de los *berserkir* y los *ulfhednar*, guerreros germanos poderosos como osos y rabiosos o astutos como lobos, de cuyas pieles respectivamente se revisten. Arrojo que sólo pueden manifestar aquellos que desprecian la muerte ante la expectativa de una vida ulterior, y que llega hasta el punto de entrar en lo más encarnizado de las batallas sin armas de protección y tan sólo con un cinturón al lomo, como indica Diodoro. Es una nación, la céltica, pródiga de su sangre y muy dada a apresurar la muerte, pues luego que el celta ha franqueado los años de la fuerza floreciente, soporta con impaciencia el muro del tiempo y desdén conocer la vejez. El término de su destino está en su mano ¹³.

Los escritores clásicos conectan la ferocidad del guerrero celta a una evidente locura y propensión a la violencia desmedida, que les convierte

¹¹ Caes. BG. V.14.2/3; Tac. Germ. 43.5; Plut. Mario, 25: los de caballería, unos 15.000, se presentaron relucientes, con cascos que representaban las bocas y rostros de las más terribles fieras, y encima, a fin de aparecer más altos, plumas y penachos; Dio Cass. XXXVIII.35.2; M. ALMAGRO GORBEA, «Guerra y sociedad en la España Céltica», *La guerra en la Antigüedad, una aproximación al origen de los ejércitos hispanos*, Madrid 1997, 212. Los neuros, del curso superior de los ríos Dniéster y Dniéper, se cubrían una vez al año con pieles y máscaras de lobo, metamorfoseándose en licántropos, Herod. IV.105.2.

¹² Sil. Ital. Pun. XVI.26; B. GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, *op.cit.* 199; E. PERALTA LABRADOR, *op.cit.* 60. Sobre el combate individual, Livio VII.26.1/5; Gell. NA. IX.11; G. SOPEÑA GENZOR, *op.cit.* 120 ss.; S.P. OAKLEY, «Single Combat in the Roman Republic», *CQ* 79, 1985, 392/410.

¹³ Sil. Ital. Pun. I. 225 ss.; Ap. Gal. I.3; Diod. V.29.2; F. Díez de Velasco, «Religiones de los pueblos del centro, norte y este de Europa», *Historia de las religiones de la Europa Antigua*, Madrid 1994, 517.

en agresores tan implacables como volubles e irreflexivos de sus propias decisiones. Su modo de luchar es frenético, desorganizado y hace gala de un desconocimiento de la ciencia bélica. Frente a la disciplina sistemática y severa de los griegos y romanos, se prima la adquisición del propio prestigio y éxito individual. Saltan de alegría en el campo de batalla, destacan los escritores, porque se les ofrece la ocasión de morir gloriosa y felizmente, y entristecen durante las enfermedades como si hubieran de perecer de manera vergonzosa y desgraciada. Consideran oprobio sobrevivir en la batalla a aquel a quien habían ofrecido su propia vida con el juramento de defenderla ¹⁴.

Las descripciones de este tipo son abundantes y todas inciden en la sorpresa y desconcierto que en los romanos producía la irreflexividad de las conductas observadas. Se actúa contra la lógica propia y ello no puede más que encuadrarse en el plano de la enajenación y el desvarío más absoluto. Pero veamos un nuevo elemento de este desvarío.

De nuevo, la batalla de Telamón. Iban insubres y boyos vestidos con sus *bracae*, calzados y con cómodos *saga* envolviendo sus cuerpos. Pero los gésatos, ya por su ansia de gloria, ya por su antojo —Polibio no acaba de asimilar la situación—, se desprendieron de estas prendas y, desnudos, se situaron en primera línea, con sólo sus armas, pues imaginaban que de este modo lucharían con mucha más eficacia, dado que algunas zarzas que crecían en los parajes, se enredaban en los vestidos y entorpecían el manejo de las armas. La desnudez venía justificada, según indica el texto, pobremente a nuestro juicio, por la consecución del mejor desenvolvimiento en el manejo de las armas. Ninguna otra explicación justificaría al historiador griego tal extravagante decisión. Pero sigamos ¹⁵.

Era impresionante la presencia y movimiento de los soldados desnudos, que sobresalían en juventud y gallardía, yendo adornados con abundantes brazaletes y collares de oro, lo que, como ya vimos más arriba, enardecía a los romanos en su esperanza de apropiárselos. También Estrabón recoge esta tendencia al adorno superfluo entre los galos, cuando describe su gusto por ir cubiertos de oro, con collares que ciñen sus gargantas, pulseras en las muñecas, brazaletes, etc., superficialidad ésta que les hace insoportables en la victoria y abatirse sin remedio en las derrotas.

¹⁴ Diod. V.31; Str. IV.4.2/5; Dion. XIV.10.1; Plut. *Mario*, 15;16;19; Pol. II.33.2; XXX.2.8; Val. Max. II.6.10;11: *yo les llamaría necios* - por creer ellos que sus almas son inmortales - *si no se diera el caso de que lo mismo creyó Pitágoras*; G. SOPENA GENZOR, *op. cit.* 97.

¹⁵ Pol. II.28.8.

Iniciado el ataque y comenzando las jabalinas a surcar el aire, a los galos de atrás les resultó de gran utilidad sus gruesos *saga* y calzones, pero a los que iban delante desnudos, como el lance ocurría inesperadamente, se vieron en gran desventaja y aprieto. Pues se daba el caso de que al ser el escudo galo insuficiente para cubrir al hombre e ir éste desnudo, con tanta más facilidad daban las jabalinas en el blanco. Deshechos y sin salida. concluye Polibio, unos morían arrojándose temerariamente contra el enemigo, movidos por la cólera y lo irracional de la situación, entregándose voluntariamente a la muerte. Fue así abatida la altivez de los gésatos ¹⁶.

No de otra forma podría ser para Polibio el final de esa locura. Con independencia del ambiguo significado que se da al termino «desnudo», parece incontestable que en el pasaje referido éste implica una desnudez casi total, admitiendo acaso algún tipo de brevísimo faldellín, pues más que eso, además de inútil como ropa de cobertura, hubiese restado eficacia al elemento de pasmosidad o estupor que con tal manifestación se pretendía producir en el enemigo. Los gésatos iban desnudos de ropa porque sólo así se lograba la estupefacción del adversario, y con ella, la reducción de su eficacia combativa, al menos en un primer encuentro. Y decimos de ropa porque, también de manera inopinada, tal desnudez no se refería al adorno, del que iban pertrechados hasta componer un cuadro ciertamente chocante.

La desnudez provoca desconcierto y afecta al sentido del pudor de quienes la observan, sobre todo cuando ésta se ubica en contextos ajenos de aquellos en los que habitualmente se contempla. Los *luperci* romanos corrían desnudos alrededor del Palatino, al principio tapándose con las pieles de sus víctimas, y posteriormente, despojados totalmente de ropa, sin nada, mientras golpeaban con unas correas de macho cabrío a las jóvenes nulíparas que encontraban en el camino. Antonio, el colega de César en el consulado del 44, corría desnudo, aunque untado de aceite —era el mes de Febrero— en las Lupercalia de ese año, y no por ser ésta una costumbre ancestral dejaba de conmocionar como espectáculo a las autoridades de la época. Augusto obligó a los *luperci* a cubrirse con un paño y en época tardía, para algunos autores tal fiesta era considerada como propia de la necedad del hombre, y un fruto más de su locura ¹⁷.

¹⁶ Pol. II.29.6/9; 30.1/5; Str. IV.4.5; G. SOPENA GENZOR. *op.cit.* 99.

¹⁷ Dion. I.80; Just. XLIII.1.7; Ovid. *fast.* II.268; Varrón, *L.L.*, VI.34; Ap. *BC.* II.109; Cic. *Phil.* II.34. 86; Lactan. *Inst. div.* I.21.45; Livio III.36.9; D. PORTE. «Note sur les «luperci nudi», *Mélanges Jacques Heurgon*, vol II, Rome 1976, 821; H. ROSE. «The luperci, wolves or goats?», *Latomus*, 8, 1949, 9/14; *idem*, «De lupis, lupercis, lupercalibus», *Mnemosyne*, 60, 1933, 385/402; K. KERENYI. «Wolf und Ziege am Fest der Lupercalia», *Mélanges J. Marouzeau*, 1948, 309/317.

En la batalla de Cannas, año 216, resultaba extraño y al tiempo terrorífico la visión, dentro del ejército cartaginés, de los mercenarios galos, desnudos, junto a los iberos, adornados con túnicas bordadas de púrpura. En la guerra contra los gálatas, año 189, indica Livio que éstos luchaban como animales heridos, y por ir desnudos, sus heridas eran más visibles, resaltando en sus cuerpos. corpulentos y blancos, por no estar nunca al descubierto salvo en la batalla. Pero las heridas no les frenaban, pues pensaban que iban a obtener mayor gloria en la lucha, y si intentaban arrancarse un dardo y no lo conseguían, llenos de locura y vergüenza, se arrojaban al suelo ¹⁸.

La desnudez conecta con la indefensión y el desvalimiento, y esto es precisamente todo lo contrario a lo que un guerrero trata de manifestar en el momento de entrar en combate. Cuando todos los esfuerzos se dirigen a lograr el equilibrio entre la propia defensa, a través de pesados arneses, mallas y armaduras, y la necesaria movilidad para el despliegue de las armas, el galo se ofrece desnudo, desafiante, ajeno a los riesgos inherentes a las acometidas del adversario. Obtiene ya su primera ventaja en la descorazonada impresión que intuye en el contrario.

La desnudez es aquí un símbolo del desprecio al peligro, de la fuerza destructora del enemigo, y de la impasibilidad que genera la proximidad de lo adverso, aún a riesgo de perder la vida. Afrontan con naturalidad este destino aún en causas fútiles, arrojándose en desafiante malabarismo entre espadas y frámeas, durante los banquetes, dejándose matar por vino o dinero, o entablando lides sangrientas con rivales por motivos triviales, en el transcurso de las comidas ¹⁹.

Hablando Eforo de las graves inundaciones que acaecieron en Batavia —actual Holanda—, primera mitad del siglo IV, se resalta la impasible actitud del guerrero galo que, viendo que la muerte se aproxima y que cualquier esfuerzo por ponerse a salvo, él y su familia, resulta inútil, viste su traje de guerra, y con sus armas, rodeado de su mujer e hijos que lloran, aguarda la muerte ya próxima. Tiene fe en las enseñanzas de sus padres y sacerdotes, y sabe que una vez sepultados bajo el mar, pasada la prueba, todos volverán a encontrarse en el otro mundo ²⁰.

¹⁸ Pol. III.114.4; Livio XXXVIII.21.9/11; Tac. *Germ.* VI.2; G. SOPEÑA GENZOR, *op.cit.* 101; H.D. RANKIN, *Celts and Classical World*, London/Sydney 1987, 74, Arco de Glanum, con relieve de un combatiente celta desnudo. El famoso «galo moribundo» helenístico también yace desnudo.

¹⁹ Diod. V. 28.5/30.3: *llevan algunos de ellos corazas de hierro y cadenas forjadas, mientras que otros están satisfechos con la armadura que la naturaleza les ha dado*, dice el autor no sin sarcasmo; Tac. *Germ.* XXI.1/2; Athen. *Deipno.* IV.154.

²⁰ Eliano, XII.23; Athen. *banq.* IV.154 a-c; E. DURKHEIM, *El suicidio*, 1.^a ed. 1897, Madrid 1982, 230; H. D'ARBOIS DE JUBAINVILLE, *El ciclo mitológico irlandés y la mitología céltica*, Barcelona, ed.

No es menor su desprecio a la muerte que el grado de sin razón que acompaña a su modo de actuación como guerrero. En realidad son suicidas porque su conducta se instala en la demencia, de modo que tanto su desnudez como su temerario flirteo con la muerte no son más que las secuelas de esa actividad elaborada. Los efectos beneficiosos, no olvidemos, se obtienen no solo de la superioridad en el combate ya celebrado, sino también del choque inopinado con la razón que lo ha preludiado.

Se les moteja de volubles, a la par que de temerarios, y aún, de cobardes, según el grado de incomprensión con que se contemplen sus acciones. Volubles porque apenas que acaban de entrar en combate, cuando proceden a tocar a retirada, abandonando el campo al enemigo, en un ejercicio desconcertante que engaña y exacerba continuamente a éste; para luego volver y sorprender a aquel en insidiosa emboscada. Tal era el modo de combatir de la hueste de Viriato, guerra de guerrillas que constituye también característica del modo de lucha constatado entre los pueblos celtibéricos ²¹.

Con ocasión de la guerra de Liguria que llevó a cabo Quinto Opimio en el 155/154, Polibio vuelve a resaltar lo extraño de los comportamientos observados, esta vez, entre los ojíbios. Movidos de un inusitado coraje y un ímpetu desbordante, sin esperar a ser reforzados por sus aliados los decietas, con tan sólo 4.000 hombres, atacaron al ejército consular. Opimio, al ver la embestida de los bárbaros, quedó estupefacto, *pues aquello era absurdo, y no perdió el optimismo porque comprendía que el adversario no se basaba en razón alguna*, concluye el griego ²².

3. LOS CLUBS DE LOS INDIOS DE LAS LLANURAS

La lectura de crónicas y relatos, además de los primeros estudios etnográficos realizados por la investigación acerca de los pueblos primitivos de las llanuras norteamericanas, ofrece un material a nuestro juicio valioso para entender algunas claves de cuanto acabamos de decir en páginas

1996, 231; el texto de Eforo, referido a los cimbrios, recogido en Str. VII.2.1, cf. F. JACOBY, *Die fragmente der griechischen historiker*, 2A, Leiden, E.J.Brill, 1986, n.º 70.

²¹ Dio Cass. XII.2/3; LXVIII.6.1; Str. IV.4.5; B. GARCÍA FERNÁNDEZ-ALBALAT, *op.cit.* 240. Sobre las guerrillas, Z.W. RUBINSOHN, «The Viriatic War and its Roman Repercussion», *RSA*, 11, 1981, 161/224; A. DEYBER, La guérilla gauloise pendant la guerre des Gaules (58/50 avant J.-C.), *Etudes Celtiques* 24, 1987, 145/183; J. MARTÍNEZ GAZQUEZ, «Los «praedones» de Livio 34.21, restos de bandas emigrantes», *Pyrenae*, 11, 1975, 99/107.

²² Pol. XXXIII.10.5/6; Livio, *per.* 47; J.Obsequens, 17

anteriores. Vaya de antemano nuestra cautela para no uniformar globalmente conductas que, no sólo están separadas por dos milenios en el tiempo, sino por numerosas coordenadas culturales, factores de origen, de contacto y significados que deben tenerse en cuenta a la hora de establecer deducciones. Pero tampoco debemos ignorar las analogías que se manifiestan entre el comportamiento del guerrero celta y el descrito entre algunos guerreros indios norteamericanos, movidos ambos por mecanismos individuales que se han evidenciado tan impermeables y ajenos al paso de los tiempos, como a la alteración por contacto con otras culturas. Saque el lector sus propias conclusiones de los datos que siguen.

Entre los indios sioux (o dakota), mandan, hidatsa, cheyenne, etc., de las llanuras norteamericanas era frecuente la formación de ligas de varones con funciones policiacas, militares y ceremoniales. Como para las asociaciones de los guerreros *berserkir* o *ulfhednar* ya citadas, la guerra entre aquellos representa un acto religioso que obtiene su consagración únicamente llevando un «envoltorio» mágico. Tal «envoltorio» pertenece al clan o a la tribu, no al individuo. Este «envoltorio» supone un aumento de la energía latente o *manitu*, que proporcionaría invulnerabilidad ante todos los peligros. Para ello, el indio afectado se dirige a sitios solitarios en los que sufre visiones a través de ayunos, insomnios, etc., revelándose al final un espíritu tutelar, en forma de animal, que le indica algún objeto que desde ese momento servirá de amuleto ²³.

Entre los celtas irlandeses este guerrero que en un momento de su vida y por múltiples razones, ve alteradas sus facultades mentales —enloquece— y se ve obligado a esconderse en el bosque, es el llamado «geilt», el loco de los bosques. Su grado de perturbación le concede cierto nivel de sabiduría, adquirida durante su estancia solitaria en el bosque, que le aproxima al nivel del conocimiento del druida. Entre los iroqueses del sur de Canadá, los hombres que han tenido estas visiones superiores conforman la «gran sociedad medicinal», que manifiesta ser invulnerable al daño frente al resto de sus congéneres ²⁴.

²³ F. DÍEZ DE VELASCO, *op.cit.* 517; sobre estas asociaciones de guerreros, J. PRZYLUKI, «Les confréries des loups-garous dans les sociétés indo-européennes», *Revue de l'Histoire des Religions*, 121, 1940, 128/145; R.A. RIDLEY, «Wolf and Werewolf in Baltic and Slavic Tradition», *Journal of Indo-europeans Studies*, 4, 4, 1976, 321/331; es exhaustivo sobre el significado del lobo, A. PEREZ/ M. SOLER, «Les seques d'Iltirta i Iltiraka i el llop ibéric», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3, 1993, 151/175; W. KRICKEBERG, *Etnología de América*, México, 1974, 136/137.

²⁴ W. KRICKEBERG, *op.cit.* 62; J.F. NAGY, «The wisdom of the geilt», *Eigse. A Journal of Irish Studies*, 19, 1, 1982, 44/60; G. SOPEÑA GENZOR, *op.cit.* 102; M. ALMAGRO GORBEA, *op.cit.* 210. Bosques sagrados, en Marc. V.55.23, *sacrum buradonum illicetum*, Celtiberia. En el bosque se desarrollaban las enseñanzas de los druidas, Plin. *NH* XVI.95; Luc. *Phars.* I.448 ss; III.399 ss, cf.

Un *club* especial de guerreros era llamado por su investigador la *crazy-dog society* o cofradía de los perros locos, sociedad de guerreros suicidas que jamás rehuían el combate, sino más bien, por el contrario, encontraban en éste el sentido de sus vidas. En este *club* los oficiantes de cierto rango a los que se distinguía con el nombre de perros reales, hablaban al revés y hacían todo lo contrario que en buena lógica era de esperar de ellos. Se contaba con que demostrarían siempre una bravura excepcional en cualquier clase de lucha. Lo mismo hacía la sociedad heyoka de los dakota, cuyo lema era desafiar la conducta lógica y las costumbres aceptadas como normales. Pretendían tener frío en verano y calor en invierno, ayudaban a las mujeres en la cocina, etc., en definitiva, en claro papel de víctimas de la incomprensión, solían ser tomados las más de las veces como bufones ²⁵.

Pero era el desprecio al peligro y el deseo de gloria lo que mejor explicaba el comportamiento de los guerreros, que dejaba tan perplejos a los europeos como quedaron los romanos y griegos ante el furor de los celtas. Todos los guerreros de estas asociaciones tienen la ambición común de distinguirse a través de la hazaña, el episodio bélico en el que pueda ponerse a prueba su heroísmo personal, y le ubique en el centro de la envidia y admiración de sus conmitones. Esta hazaña es siempre individual, la acción que supone desafiar al contrario o a los contrarios, aún en el plano de la absoluta desigualdad de fuerzas, el reto que reivindica la superioridad del sujeto sobre el conjunto de los individuos. Es el combate singular, bien documentado en las fuentes literarias, o el estupor del cónsul Opimio ante la conducta de los ojíbios que atacan pese a su inferioridad numérica ²⁶.

El guerrero indio de estas asociaciones marcha al combate prácticamente desnudo, salvo un taparrabos, lo que explicaban los observadores de la época como el modo más cómodo y desembarazado de manejar las armas y desenvolverse en el combate. Como ya apuntó Polibio en pasaje

F. MARCO SIMON. «La religiosidad en la Hispania céltica», *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid 1993, 492.

²⁵ R.H. LOWIE. «Societies of the Hidatsa and Mandan Indians», *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, XI, 1913, 288; C. WISSLER. «Societies and Ceremonial Association in the Oglala Division of the Teton-Dakota», *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History*, XI, 1912, 82. Entre los crow había dos de estas sociedades, la llamada de los bosques y la de los zorros, que mantenían dura competencia en la guerra. Los hidatsa llegaron a tener al mismo tiempo hasta diez sociedades guerreras.

²⁶ P. CLASTRES. *Investigaciones en Antropología política*, México 1987, 242/245; G. CATLIN. *Vida entre los indios*, Barcelona 1985, 48, el autor fue explorador y escritor, 1796/1872. Publicó en dos vols. su obra *North American Indians*, en 1926.

parecido. Portan un escudo redondo cuyo poder defensivo consiste, no tanto en la gruesa piel de bisonte de la que está forrado, sino más bien en los símbolos mágicos que lleva pintados. La creencia en el espíritu tutelar y en la «medicina» que éste ha otorgado, están en la base de su conducta ²⁷.

No irán al campo de batalla sin sus pinturas de guerra, pues lo peor que les pudiera ocurrir es que la muerte les sorprendiera sin llevarlas puestas. Confían en la capacidad de atemorizar a través de ellas y las refuerzan en sus aterradores efectos con sus conocidos gritos de guerra, que lanzan en el momento de entrar en la lucha. Cuando los enemigos caen, se bajan del caballo y les cortan el cuero cabelludo, que pasan a colgar del cuello de sus monturas, representando el más codiciado trofeo, prueba de su victoria, lo que jamás cambiarían por nada. Descripción exacta de lo que Diodoro nos cuenta de los celtas y las cabezas cortadas a los enemigos ²⁸.

Algunos ejemplos son convincentes respecto de la irracionalidad de sus protagonistas. Un combatiente apresado por los iroqueses sufría en silencio el tormento al que era sometido. Preguntado por qué no gritaba, éste respondía que él actuaba al contrario de lo que intuía que sus atormentadores esperaban de él. Lo cual animó a éstos a reforzar el suplicio. El militar y viajero Samuel Champlain, siglo XVII, cuenta que, intentando convencer a un valiente guerrero algonquino de que no atacara en solitario a los iroqueses, obtuvo la siguiente respuesta: que le era imposible vivir sin no mataba a sus enemigos y obtenía venganza, y que su corazón le decía que debía partir lo antes posible, lo que estaba decidido a hacer ²⁹.

Similar conducta mantienen los iroqueses, lo que sorprende a los misioneros jesuitas que estaban instalados entre los hurones, y que manifestaban

²⁷ G. CATLIN, *op.cit.* 49; W. KRICKEBERG, *op.cit.* 143. Los cheyenne adquirían su «espíritu guardián», además de mediante sueños, también mediante la autotortura y sacrificio. Usaban toda clase de amuletos rara vez para protegerse de las enfermedades, y sí protegerse en la guerra., vid. J.B. GRINNELL, *The Cheyenne Indians*, New Haven 1923, cf. E.H. ACKERKNECHT, *Medicina y Antropología Social*, Madrid 1985, 35 y 40. Entre los ojibwa, de North Dakota y Lago Superior canadiense, como también entre los iroqueses, había una cofradía de individuos que se autotitulaba la «Gran Sociedad Medicinal», W.J. HOFFMAN, «The mide'wiwin or «Grand Medicine Society» of the Ojibwa», *Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, vol. 7, 1891, 143/300.

²⁸ G. CATLIN, *op.cit.* 53; Diod. V.29.4; Str. IV.4.5; sobre las cabezas cortadas, Livio X.26.11; XXIII.24.6; Just. XXIV.5; A. REINACH, «Les têtes coupées et les trophées en Gaule», *Revue Celtique*, 34, 1913, 35/60; 251/286; J.M.^a BLAZQUEZ MARTÍNEZ, «Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica», *Latomus* 17, 1958, 27/48; G. LOPEZ MONTEAGUDO, «Las "cabezas cortadas" en la Península Ibérica», *Gerion* 5, 1987, 245/252.

²⁹ P. CLASTRES, *op.cit.* 244; H. DESCHAMPS, *Les voyages de Samuel Champlain, saintongeais, père du Canada*, Paris 1951, 165; R. BILODEAU, *Champlain*, Montreal 1961; L.H. MORGAN, publicó en 1851 su primer gran estudio sobre los iroqueses, *League of the Ho-de-no-sau-nee, o iroquois*, publicado en castellano como parte de la obra *Sociedad Primitiva*, Madrid 1975, 126/201.

que «... aún algunas veces un enemigo tendrá el coraje, desnudo y tan sólo con un hacha en la mano —como un moderno Laro, el cántabro— de entrar sólo, y por la noche, en las cabañas de un pueblo y luego de haber matado a todos los que dormían, emprender la huida, sin defensa frente a centenares de guerreros que lo perseguirán días enteros». Se sabe que el apache Gerónimo, incapaz de arrastrar a los suyos a la guerra constante, no dudaba en atacar los poblados mexicanos acompañado de tan sólo dos o tres guerreros. En su libro de memorias, el sioux «Impulso Negro» recuerda cómo un guerrero crow fue muerto cuando en solitario, durante la noche, intentaba robar caballos a los sioux, en una acción absurda por lo temeraria e irreflexiva ³⁰.

El combate desnudo, el desprecio a la fuerza del adversario, la contienda como fin en sí misma, por encima de cualquiera otra consideración, eran las manifestaciones de la «locura» que sobrecogía a los clásicos. Rasgos muy similares a aquellos que en primera impresión se calificaba como bufonada entre los observadores de los indígenas norteamericanos. En efecto, todo esto implica un desafío, aparentemente irracional de las leyes de la naturaleza. La clave estaba en la actitud de los protagonistas de sentirse inmunes ante los efectos que eran lógicos esperar de sus conductas. En mostrar sus poderes sobrenaturales, que los perros reales —o como los gésatas, añadimos nosotros— poseían en grado extremo. Algo, esta invulnerabilidad, que era común a todos los miembros de la tribu, pero que ésta tenía en un grado inferior. Las vertientes cómicas de las situaciones creadas son accidentales, como también la clasificación como dementes que se hace de sus protagonistas. Lo que queda es la firme creencia, en un indio hidatsa, como en un galo, de que no cabe otro comportamiento cuando se tiene a los dioses de tu parte ³¹.

³⁰ P. CLASTRES. *op.cit.* 243; Gerónimo, *Memoire de Gerónimo*, Paris 1972; Elan Noir, *Mémoires d'un sioux*, Paris 1977. Sobre los crow, R.H. LOWIE, *The Crow Indians*, New York ed. 1966.

³¹ R.H. LOWIE, *Religiones primitivas*, (New York 1924) Madrid 1990, 286.